

Con los presos

El papel que nos incumbe como Iglesia es el de dar testimonio del amor de Dios por todos. ¿También por los hijos de Dios que están presos? Ciertamente. Y puede ser un ministerio muy enriquecedor. Allí se puede ver la obra del Señor y sentirse fortalecidos por ella. Este es uno de los dones que la gente normalmente no se espera cuando entra en una cárcel. Yo estoy allí para dar testimonio del poder y el amor de un Dios que vive entre nosotros. Probablemente no existe otro lugar en el mundo donde haya más gente que busque la presencia de Dios en su vida. No me puedo imaginar otro lugar donde haya tantas Biblias y tantas personas que tratan de tener una experiencia de Dios. La cárcel puede ser un lugar de mucha vida espiritual.

También tengo presente la pregunta que se me ha hecho tantas veces: "Y, ¿qué pasa con las víctimas?". Pero la persona que está en la cárcel desde hace años, a pesar de ser inocente, también es una víctima. Es válido preguntarse: "¿qué pasa con las víctimas?" Como Iglesia, tenemos que llegar a todos los que sufren. Como Iglesia, tenemos que tratar de dar testimonio del poder de sanación de Dios, de su deseo de curar. Como miembro de una comunidad religiosa dedicada a la Preciosa Sangre, creo en el poder de sanación de la sangre. Creo en el poder de Cristo víctima. Creo que Cristo, la víctima por excelencia, puede aliviar el dolor de quien ha sufrido. También creo que la sangre de Cristo, derramada por nuestras ofensas, perdona al que se arrepiente. Lo que supone una postura radical frente a nuestro sistema penal.

Siempre he pensado que la reconciliación suponía el reencuentro de los dos, de la víctima y del que ha causado el sufrimiento. Pero en el contexto de una cárcel esto se hace muy cuesta arriba. En los tribunales, así como en la cárcel, interesa poco la sanación. En general, es material y jurídicamente imposible lograr que la víctima se encuentre con el acusado fuera de la sala del tribunal. Obviamente, muchas veces hay más de una víctima. La gran mayoría de los que están presos en nuestras cárceles son ellos mismos víctimas de la violencia. Y, en algunos casos, del sistema de la justicia penal. Es difícil trazar con claridad la línea demarcatoria entre la víctima y el acusado. Puede ser muy tentador, dada la injusticia de un sistema que olvida la dignidad de la persona, pasar por alto la existencia misma de otra víctima. Pero sería injusto hacerlo. Para que haya sanación tiene que haber sinceridad. Y una parte de la sinceridad consiste en reconocer mi dolor, en este caso el dolor del encarcelado, pero también el dolor de la víctima. No es algo que se produce de la noche a la mañana. A veces el dolor es inmediato, cuando se cae en la cuenta del sufrimiento causado a otro. Pero otras veces el acusado necesita tiempo para encontrarse consigo mismo.

Nosotros nunca vamos a la cárcel pidiendo remordimiento por el crimen cometido, como parte de un ritual que se tiene que realizar. Pero se tiene que tener en cuenta. Con nuestra presencia tenemos que decir que el remordimiento es bueno. Tenemos que reflejar a un Dios cuyo amor y perdón son tan grandes que se justifica el arrepentirse, ya que no me hace ser menos persona. En una situación como la de la cárcel muchas veces el ministro es el único que está allí sólo por el hecho de estar.

De mis labios brotan como una letanía los nombres de los que han sido víctimas del crimen callejero. Pero también los de los que están sufriendo años y años de cárcel. En todo esto, ¿dónde está la Iglesia? ¿Cuál es mi papel como capellán de una cárcel, y como cristiano? ¿Es posible la reconciliación cuando pareciera a veces que sólo existen las víctimas? ¿Puede tener lugar la reconciliación cuando el responsable del sufrimiento no expresa o no puede expresar su arrepentimiento por haberlo causado? ¿Qué pasa si la víctima, como muchas veces ocurre, nunca escucha las palabras: "me arrepiento"? ¿Puede haber reconciliación? ¿Cristo víctima puede ofrecer el perdón necesario para la reconciliación? ¿Puede Cristo, que perdonó desde la cruz, ser la víctima que nos ofrece el perdón aún antes de que se lo pidamos? ¿Puede la sangre de Cristo derramada en la cruz producir ese tipo de sanación?

Una vez estuve en un tribunal en el que comparecía ante el Juez un joven de nombre Leo, acusado de haber apuñalado a Alfonso. Yo no podía menos de mirar a Leo que estaba sentado al lado de su abogado. Tenía una camisa blanca, que evidentemente le habían comprado para la ocasión. También Alfonso tenía una camisa blanca que le habían prestado. Los dos se parecían mucho. De 19 años los dos. Después miré al padre de Leo, que estaba sentado en la sala del tribunal. En sus ojos se veía la preocupación de un padre por su hijo. Yo me encontraba allí por Alfonso. Para servirle de apoyo. Casi se había muerto, y eso yo no lo podía olvidar. No hubiera sido justo pasar por alto el dolor de un muchacho que llevará para siempre cicatrices físicas y psíquicas.

Pero mientras estaba sentado en ese tribunal no podía menos de sentir que todo lo que estaba sucediendo no tenía nada que ver con los dos jóvenes que estaban allí sentados. Y nada que ver conmigo, ni con el padre de Leo. Tenía que ver solamente con el procedimiento judicial.

Yo no podía desear la cárcel para ese muchacho. Cuanto más tiempo pasaba, tanto más incómodo me sentía en ese lugar. Incómodo también porque no me sentía suficientemente perturbado, ni enojado ni deseoso de venganza. No sentía que estaba allí sólo para Alfonso. Casi tuve la impresión de que había olvidado la violencia que él había sufrido. Yo era de su familia. Uno de los que hubieran tenido que pedir justicia -- venganza. Me sentía como si estuviera en un lugar malvado. Ese tribunal no tenía nada que ver con la sanación ni con la reconciliación. Se seguía respirando allí la misma atmósfera del crimen.

No recuerdo cuántas veces en las marchas de protesta contra la pena de muerte se me acercaron personas furiosas para decirme: "Y, ¿qué pasa con las víctimas?", "¿no le importa nada de las víctimas?". Claro que me importa. Pero es imposible explicarlo. Realmente no quieren escuchar una explicación. Yo no puedo participar en el mal. Eso es lo que sentía en aquel tribunal. El mal nunca ha vencido al mal. Yo he estado en las celdas de los condenados a muerte. Allí hay vida. Hay personas que tienen familias y sentimientos, y su dolor es verdadero. Como cristiano, no lo puedo ignorar. Cuando estamos ante la alternativa entre la vida o la muerte, el cristiano tiene que optar por la vida.

He tenido el privilegio y la gracia de haber dado testimonio de un Dios que vive en medio de la gente. He visto la sanación que se produce cuando se reconoce a Dios que conoce el sufrimiento, el dolor y las ofensas. He visto la esperanza que puede ofrecer nuestra fe, arraigada en el perdón y el amor, a uno que tiene muchas razones para desesperar. He dado testimonio de la liberación en la cárcel.

Hoy, más que nunca, como miembros de una comunidad que lleva el nombre de la Preciosa Sangre, estamos llamados a ser personas de sanación y reconciliación. Como cristianos, no podemos desoír el llamado a vivir entre los que sufren cualquier forma de violencia. Tenemos que optar por los pobres y por los que sufren.

P. David Kelly, C.P.P.S., A Time to Heal (Tiempo de sanación), "The Wine Cellar", octubre de 1994, pp. 27-38